

EL MODELO DE LA «SOCIEDAD DE CASAS»
EN LA ARQUEOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA:
EL CASO DE CHALCATZINGO, MORELOS

Susan D. Gillespie*

El estudio de las prácticas sociales cotidianas
en el pasado mesoamericano puede empezar
por examinar cómo las prácticas tienen lugar en el espacio[...]
cómo las sociedades se reproducen y se transforman
por las rutinas cotidianas de acción
Love 1999: 134.

La vida cotidiana se investiga generalmente como parte de los contextos espaciales de las unidades residenciales domésticas y de las áreas de actividad, dentro de la categoría de la «arqueología de la unidad habitacional.» Es una arqueología «a pequeña escala» capaz de proporcionar información sobre las minucias de la vida diaria (Tringham 1991: 99). Su atención sobre la vida rutinaria de la gente común fue una necesaria corrección al anterior énfasis exagerado de la arqueología en el estrato elitista de la sociedad, o bien en las sociedades complejas (Freidel 1989: 863). Significativamente, los arqueólogos mesoamericanistas desempeñaron un papel crucial en el desarrollo de los conceptos y métodos de la arqueología de la unidad doméstica (Ashmore y Wilk 1988; Robin 2003: 308; Tringham 1991: 100; *v. g.* Flannery [ed.] 1976).

Por eso el estudio de la vida cotidiana es algo común en la arqueología de hoy, aunque es un tópico que solamente tiene pocas décadas de existencia. El enfoque sobre las vidas y actividades rutinarias de la gente del pasado surgió primeramente en los años setenta, a partir de preocupaciones procesales sobre la adaptación, los sistemas de asentamiento y la demografía. No obstante, como ha observado Ruth Tringham (*op. cit.*: 100), la temprana insistencia en que los arqueólogos enfocaran «lo que una unidad doméstica *hace*, más que en cuál es

* Universidad de Florida

su forma social (quienes viven ahí y cómo están relacionados)» ha presentado importantes limitantes conceptuales y analíticas. Con demasiada frecuencia, las unidades domésticas fueron tratadas como unidades sociales monolíticas, redundantes y estáticas, cuya composición era dada por hecho y por eso era universalizada y despersonalizada. El estudio de las identidades y de las relaciones dentro de y entre las unidades domésticas fue considerado como algo sin importancia durante mucho tiempo (Alison 1999: 1).

La arqueología de las unidades domésticas sufrió una revisión teórica y conceptual en los años noventa en respuesta a esas críticas, y el día de hoy se ve muy diferente (v. g. Hendon 1996; Robin 2003; Tringham 1991). Como demuestra este coloquio, el estudio de la vida cotidiana es igualmente relevante para los enfoques teóricos contemporáneos que se centran en la agencia, el género, la identidad, el ritual y el simbolismo. De todos modos, los arqueólogos tienen una posición privilegiada para estudiar los aspectos sociales de la vida cotidiana, ya que, como ha dicho Rosemary Joyce (2007: 53), «los sitios arqueológicos [...] nos dan abundantes restos *materiales* de los procesos que crearon relaciones sociales entre los residentes de sitios de vivienda de escala pequeña, que entablaron interacciones cara a cara en una base diaria».

En este estudio, primero bosquejo el desarrollo de la arqueología de las unidades domésticas como modelo teórico a partir de sus orígenes eco-funcionales de los años setenta. Las críticas hacia la arqueología de las unidades domésticas surgieron en el contexto de los cambios en el desarrollo de teorías arqueológicas que iniciaron en los años ochenta con el nuevo énfasis sobre las teorías de la agencia, la historia y la materialidad (v. g. Brumfiel 1992; Hegmon 2003). Iniciando en los años noventa, estas teorías se aplicaron a los estudios arqueológicos de la unidad doméstica para mejorar nuestro empleo de aquel modelo.

No obstante, los estudios más recientes revelaron ciertas desventajas al basarse en la unidad doméstica como la unidad social básica de una comunidad. Un modelo etnográfico alternativo es el de la «casa», una unidad social que existe dentro de una «sociedad de casas» (Lévi-Strauss 1979). La diferencia entre «casa» y «unidad doméstica» podría parecer leve en términos de la arqueología de la vida cotidiana. Sin embargo, para algunas preguntas de investigación, como demostraré aquí, la sociedad de casas es un concepto más útil. Si bien la «casa» no puede reemplazar a la «unidad doméstica,» sí puede trascender algunas de las limitantes de esta última como modelo analítico en la arqueología. Para terminar, aplicaré brevemente el modelo de la sociedad de casas para iluminar aspectos de la vida doméstica cotidiana en Chalcatzingo, Morelos, durante el periodo Formativo medio.

EL SURGIMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA DE LAS UNIDADES DOMÉSTICAS

Las unidades domésticas son unidades sociales universales, fundamentales y reconocibles, aunque desafíen los intentos por definir las en términos de relaciones de parentesco o de residencia postmarital. Los etnógrafos fueron los primeros en enfocar su atención en las unidades domésticas, en parte porque se dieron cuenta de la futilidad de tratar de clasificar las sociedades mundiales en términos de un número finito de reglas de parentesco y de residencia (Ashmore y Wilk 1988: 2; *v.g.* Yanagisako 1979). Por ejemplo, la prospección de Richard Wilk (1988) de unidades domésticas mayas reveló una ausencia general de reglas normativas para su composición (Wilk 1988: 139-142). Al alejarse el énfasis analítico de la etnografía de las reglas de membresía, las unidades domésticas se definieron más bien por sus actividades, especialmente las económicas (Ashmore y Wilk *op. cit.*: 3).

Esta orientación hacia las unidades domésticas en términos de «lo que hacen (actividad)» más que en su forma o «apariencia» (Netting *et al.* 1984: xxix; Wilk *op. cit.*: 139) fue un importante logro analítico. La identificación de unidades domésticas a través de varias culturas requirió reconocer sus funciones universales, o sea, la producción, consumo y transmisión de derechos y de propiedad por varias generaciones, así como la residencia compartida y la reproducción (Ashmore y Wilk *op. cit.*: 3-4; Wilk *op. cit.*: 136; Wilk y Netting 1984; Wilk y Rathje 1982: 621). El enfoque basado en la unidad doméstica también fue muy conveniente para la arqueología porque se suponía que dirigía la atención a lo que la gente hace en su vida diaria, comportamientos que tienen aspectos materiales repetitivos y rutinarios.

Mirando ahora hacia la arqueología, específicamente la arqueología mesoamericana, el enfoque sobre las unidades domésticas se desarrolló a partir de la arqueología de asentamientos, al examinar los patrones de niveles espaciales de asentamiento y de actividades de los seres humanos (Ashmore y Wilk *op. cit.*: 4, 7). En sus trabajos pioneros, Kent Flannery (1976) y sus colaboradores desarrollaron un conjunto jerárquico de patrones de asentamiento en distintas escalas. Flannery usó un marco de teoría de sistemas dentro de la ecología cultural, de tal forma que estas unidades de asentamiento acomodadas espacialmente de mayor a menor no eran meramente descriptivas, sino que se suponía que tenían significado para entender el comportamiento (Ashmore y Wilk *op. cit.*: 7). Éstas eran unidades de comportamiento tanto como de asentamiento, «tipos distintivos o combinaciones de rasgos [...] que se espera aparezcan repetidamente dentro de un contexto cultural determinado» y que fueron tratadas «como los bloques para construir una comunidad» (*ibidem*: 9).

El objetivo de Flannery (1976) en *The Early Mesoamerican Village* fue entender una aldea en términos de estos «bloques de construcción». El conjunto jerárquico de tipos que él desarrolló estaba basado en la unidad espacial más pequeña observable y con significado de comportamiento, o sea el «área

de actividad.» Múltiples áreas de actividad podrían encontrarse en asociación con la siguiente unidad, la estructura residencial. Más grande que la estructura misma era el «conjunto doméstico» o la «unidad doméstica» (Flannery 1983: 45), la cual fue definida como el complejo de estructuras y rasgos, como pozos de almacenamiento, entierros y basureros, asociados con una misma unidad doméstica. Las unidades espaciales mayores que esta última incluyen al grupo de patio, al barrio, la aldea, la red regional de aldeas, etcétera (Flannery 1976: 5-6).

Como una consecuencia de vincular los comportamientos con un conjunto de unidades definidas espacialmente, el énfasis metodológico de la arqueología cambió hacia la «teoría de rango medio» (Binford 1977), donde los comportamientos (por ejemplo, los observados en estudios etnográficos) podrían asociarse directamente con el desecho configurado de restos arqueológicos como «áreas de actividad» (Ashmore y Wilk *op. cit.*: 12; Hirth 1993: 21). Así, los aspectos espaciales y funcionales de la arquitectura doméstica y las áreas de actividad asociadas se convirtieron en un punto central importante de estudio para el campo emergente de la etnoarqueología (*v. g.* Kent 1984, 1987, 1990; Kramer 1982). Se pensaba que estas teorías de rango medio que combinaban la arqueología con la etnografía contribuían al desarrollo de teorías generales de cambio social (Binford 1977; Manzanilla 1986: 13; Wilk y Rathje *op. cit.*: 617).

DIFICULTADES CONCEPTUALES Y DE TERMINOLOGÍA

A pesar de la creciente importancia del estudio de unidades domésticas tanto para los etnógrafos como para los arqueólogos, se reconoció ampliamente que «la unidad doméstica es algo difícil de definir de manera universal» (Hirth 1993: 22). Los etnógrafos conciben las unidades domésticas de distinta manera que los arqueólogos (Kramer 1982: 665). Además, los etnógrafos de los grupos sociales pueden considerar que la unidad doméstica no siempre se reconoce como tal por los miembros de la sociedad bajo investigación. En otras palabras, las definiciones «émicas» y «éticas» de quién o qué constituye una unidad doméstica no necesariamente coinciden (*ibidem*: 673). Como resultado de estas dificultades, hay múltiples términos comunes que se refieren a la arqueología de las unidades domésticas y es necesario distinguir las definiciones de conceptos relacionados.

Grupo doméstico versus familia

En primer lugar, los científicos sociales convinieron en que el término «grupo doméstico» debe mantenerse separado del término «familia» (Hirth *op. cit.*: 21; Kramer *op. cit.*: 665). La familia es un grupo de parentesco cuyos miembros están relacionados entre sí por lazos de descendencia o de matrimonio. Las familias no coinciden con los grupos domésticos porque los parientes cercanos

pertenecerán a distintos grupos domésticos cuando los hijos se casen fuera de su grupo doméstico natal (Hirth *op. cit.*: 22; Netting *et al.* 1984: xx). Además, no todos los miembros de un grupo doméstico son necesariamente parientes consanguíneos o por matrimonio. El grupo doméstico puede incluir a personas que no son parientes, por ejemplo «sirvientes, visitantes y huéspedes,» como ha señalado Linda Manzanilla (1986: 14). Entonces, los grupos domésticos como grupos de residencia relacionados con una tarea forman una unidad taxonómica distinta de las familias. Este concepto analítico es útil para los arqueólogos porque los grupos domésticos pueden identificarse con base en las actividades que llevaban a cabo, mientras que la existencia de lazos de parentesco que unen a una familia es difícil de verificar.

Grupo doméstico versus unidad doméstica

La teoría de rango medio fue algo esencial para la arqueología de grupos domésticos a causa de una dificultad metodológica reconocida desde hace tiempo: que el «grupo doméstico» (el grupo de gente que coopera observado por los etnógrafos) no era el mismo que la «unidad doméstica» compuesta de la yuxtaposición espacial de restos arqueológicos (Winter 1976: 25). El grupo doméstico (grupo social involucrado en actividades fundamentales de subsistencia) siempre es una «interpretación» hecha a partir de restos arqueológicos (*idem*). En el primer nivel de inferencia, los arqueólogos interpretan rasgos y artefactos como evidencia de estructuras domésticas y de áreas de actividad (Wilk y Rathje 1982: 618). El segundo nivel de inferencia, que depende del primero, consiste en reconstruir la existencia en el pasado de grupos orientados hacia tareas cuyas vidas domésticas se localizaban en asociación con esos rasgos. Al hacer estas interpretaciones, los arqueólogos siguen dependiendo del concepto etnográfico de grupo doméstico (Alison 1999: 1).

Grupo doméstico versus unidad residencial

Una complicación adicional es que el grupo doméstico («el grupo de gente que comparte un máximo número de actividades») puede no ser lo mismo que la unidad residencial (un «grupo de residencia compartida») que también es una entidad social (Ashmore y Wilk 1988: 6; Wilk y Rathje *op. cit.*: 620). No obstante, los arqueólogos generalmente tratan al grupo de residencia compartida como si fuera un grupo doméstico, dado que los restos arqueológicos que les permiten inferir la existencia de un grupo doméstico son precisamente los de una sola unidad residencial. En otras palabras, ellos suponen que el grupo doméstico «consiste en los individuos que comparten el mismo espacio físico» mientras comparten las mismas actividades económicas y productivas (Manzanilla 1986: 14; ver también Kramer 1982: 673). Julia Hendon (1996: 47) explicó que se ha vuelto una «necesidad práctica» para la arqueología tratar la

unidad doméstica y el grupo doméstico que comparte la residencia de manera intercambiable, a pesar de la información etnográfica de que estas unidades sociales no necesariamente son completamente isomorfas.

REPENSANDO EL MODELO DEL GRUPO DOMÉSTICO

Desde la década de 1990, cambios mayores en la teoría arqueológica americanista han abierto nuevas preguntas para la investigación más allá de las perspectivas conductuales y evolutivas que dominaron en los años setenta (Brumfiel 1992; Hegmon 2003). Es interesante notar que la arqueología del grupo doméstico ha tenido un papel importante en los cambios teóricos de los análisis descriptivos y eco-funcionalistas hacia estudios interpretativos de agencia, práctica, significado, materialidad e historia. Este cambio es lo que Wendy Ashmore (2002) ha llamado la «socialización de la arqueología espacial» (Robin 2003: 307). La continua importancia de la arqueología de los grupos domésticos en estos cambios teóricos es resultado de su atención a la microescala, las prácticas domésticas rutinarias pero significativas que nos dan las mayores perspectivas dentro de las vidas vividas por los individuos ordinarios. No obstante, nuevos enfoques teóricos también han requerido repensar la manera en que los grupos domésticos han de ser vistos, y los viejos constructos están siendo cada vez más modificados o abandonados.

Agencia: ¿quién hace qué?

Como ya se señaló, en los estudios anteriores los grupos domésticos se identificaron como unidades domésticas orientadas a tareas. Pero, consecuentemente de esta definición, se prestó poca atención a la cuestión de agencia –es decir, a las dinámicas internas y composiciones de los grupos domésticos. Estos últimos fueron tratados como «unidades socioeconómicas mensurables de la comunidad amplia» y, por lo tanto, como «bloques de construcción esenciales» para las reconstrucciones de las sociedades antiguas (Alison 1999: 1, citando a Wilk y Rathje 1982). La membresía a un grupo doméstico se asumió como algo relativamente estandarizado y no cambiante (*idem*). Como Julia Hendon (1996: 48) observó, el énfasis sobre lo que hacían los grupos domésticos –sus actividades de subsistencia o funciones– «no ha contribuido tanto como debiera a nuestro entendimiento de quién hacía qué cosa.»

La noción común del grupo doméstico como «una entidad social no diferenciada y homogénea» fue objetada a principios de los años noventa (*idem*; *v. g.* Tringham 1991). Ruth Tringham argumentó que las reconstrucciones arqueológicas de grupos domésticos no serán muy productivas hasta que concebamos a sus miembros como individuos o «entidades humanas con una vida social, política, ideológica y económica» (Tringham 1991: 94). Julia Hendon (*op. cit.*: 46) observó que, en su núcleo, el grupo doméstico «consiste de ac-

tores sociales diferenciados por edad, género, papel y poder, cuyas agendas e intereses no siempre coinciden.»

La práctica: ¿qué hace lo que hacen los agentes?

En otras palabras, dado que los grupos domésticos fueron definidos originalmente como grupos de actividad orientados hacia la subsistencia, llegaron a ser tratados como redundantes, monolíticos y estáticos. Como consecuencia, lo que hacían los grupos domésticos fue relativamente ignorado en comparación con lo que eran (Lopiparo 2007: 76), que es lo opuesto de lo que pretendían los arqueólogos interesados en los grupos domésticos. La antropología contemporánea está menos preocupada por el comportamiento como se explica por reglas normativas o determinismo ecológico, y más interesada en la «práctica» (v. g. Bourdieu 1977) –lo que hace la gente y cómo esto la convierte en lo que es (v. g. Hegmon 2003).

La construcción de cualquier tipo de relación surge de la práctica, definida como «el proceso de asignar valor a la acción» donde las relaciones, las acciones, los espacios, los objetos y los otros actores «están imbuidos con significado y valor» (Hendon 2002: 76-77, citando a Bourdieu 1977). En el enfoque de la práctica, el énfasis analítico realmente está sobre los actos y no tanto sobre las consecuencias de comportamientos en términos de adaptación simple o de funciones económicas (v. g. Love 1999). Lo que hacen los grupos domésticos, entre otras cosas, es «producir y reproducir la cultura en el proceso de producirse y reproducirse a sí mismos» (Lopiparo 2007: 76). Incluso las relaciones de parentesco se entienden mejor como el medio y resultado de prácticas estratégicas. Como ha señalado Pierre Bourdieu (1977: 35), las relaciones de parentesco son «algo que la gente *construye*, y con lo que *hacen* algo.»

Desde una perspectiva de la práctica, los miembros de un grupo doméstico o de otra unidad doméstica ejecutan o afirman sus relaciones y sus identidades mutuamente constituidas con el otro desde las varias prácticas que realizan para el beneficio del grupo o en coordinación uno con el otro. Estas prácticas, y las memorias sociales que evocan, dan a cada grupo doméstico su distintiva identidad, la cual está inscrita en el paisaje material (Hendon 1996: 45, 1999: 98, 2000, 2002: 77). Hasta las interacciones o eventos domésticos más rutinarios y de microescala pueden reforzar o debilitar los sentimientos de identidad de grupo (Helms 2007: 499; Hendon 2007; Lopiparo 2007). La coordinación de actividades diarias o estacionales por el grupo doméstico también reproduce sus relaciones de poder. Además, las prácticas del grupo doméstico que se extienden hasta los campos agrícolas, los senderos u otras áreas de actividad están «inextricablemente vinculados con la reproducción de [...] las relaciones de poder de toda la aldea» (Pred 1985: 350-352).

Más allá de la subsistencia

Mirar a los grupos domésticos en términos de las prácticas de agentes diferencialmente facultados requiere de prestar atención a más que simplemente las funciones de adaptación ecológica. Cuando el estudio de los grupos domésticos surgió primeramente dentro de la arqueología de asentamientos, el grupo doméstico fue modelado como la unidad social menor de subsistencia (Wilk y Rathje 1982: 618). Actualmente, sin embargo, se está prestando más atención a los rituales sociales y religiosos como aspectos de la práctica del grupo doméstico (*v. g.* Plunket 2002). Después de todo, la vida cotidiana de la rutina del grupo doméstico incluye actividades simbólicas y rituales (Alison *op. cit.*: 11; Bradley 2005), y no siempre es fácil distinguir entre acciones rituales y utilitarias. Las prácticas rituales son una manera importante mediante la cual los miembros del grupo doméstico crean o expresan sus relaciones entre sí y con el lugar que llaman hogar (*v. g.* Gillespie 2000c; Hendon 2000).

La práctica y la materialidad

También en los años noventa se estaba prestando más atención a la materialidad de la propia residencia como la localidad de las prácticas constitutivas de los miembros del grupo doméstico. La arquitectura doméstica y el trazo espacial tienen una influencia penetrante sobre las identidades y las dinámicas internas del grupo doméstico, no solamente son un escenario o arena para las actividades (Bourdieu 1973, 1977). Pierre Bourdieu (1977: 90) desarrolló la idea de la vivienda como una «estructura estructurante». La arquitectura doméstica especialmente materializa principios cosmológicos fundamentales y valores que organizan a toda la vida cultural (*v. g.* Bourdieu 1973; Cunningham 1964; Deetz 1982). Para decir esto en palabras simples, «la gente define el espacio, y el espacio define a la gente» (Donley-Reid 1990: 117; ver también Joyce 2007; Nanoglou 2008; Tringham 1991). Las prácticas rutinarias dentro y alrededor de los edificios domésticos son una manera de inculcar principios cosmológicos y culturales en ausencia de un discurso consciente, vinculando de esa manera las identidades y prácticas sociales del grupo doméstico con las de la comunidad mayor.

En resumen, los estudios arqueológicos de los grupos domésticos y de la vida cotidiana actualmente están abordando nuevas preguntas que han surgido de preocupaciones teóricas más actualizadas. Como consecuencia, sin embargo, algunos arqueólogos están cuestionando si el grupo doméstico sigue siendo el mejor modelo para entender las prácticas de la vida doméstica diaria.

EL GRUPO DOMÉSTICO Y LA «CASA»

En lugar del grupo doméstico varios arqueólogos están adoptando un modelo diferente de organización social, el de la «sociedad de casas» como fue desarrollado en los años setenta por el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss (1979, 1981, 1982, 1987). El modelo de la sociedad de casas enfatiza la práctica, la materialidad, la agencia y la historia como base para la reproducción social. Por tanto, responde muy bien a las críticas contemporáneas de las nociones esencializadas originales del grupo doméstico (Hendon 2007; Joyce 2007; Lopiparo 2007).

El modelo de la «sociedad de casas»

La noción de Lévi-Strauss de la «casa» y su operación dentro de una «sociedad de casas» se basa en un enfoque de la organización social orientado hacia la práctica, más que en el clasificatorio. Este modelo examina cómo se construyen las relaciones en la vida social cotidiana, más que por reglas normativas (Gillespie 2000a: 1). Lévi-Strauss (1981: 150) definió la casa como una «persona moral,» una entidad con derechos y obligaciones jurídicos y morales cuyo principal objetivo era el de mantener y aumentar una herencia de propiedad corporativa a través de muchas generaciones. La propiedad que forma la herencia de una casa puede ser tanto tangible como intangible; puede consistir en nombres, títulos, papeles, honores, narrativas, imágenes, conocimiento de técnicas de producción artesanal y otras prerrogativas virtuales, junto con muebles, objetos, edificios, bienes raíces, acceso a la fuerza de trabajo y otros fenómenos materiales similares.

La existencia continua de una casa (que es su principal preocupación) depende de la transmisión intacta de su herencia a través de las generaciones, más que de dividirla y dispersarla al seguirse las generaciones una después de la otra. La transmisión se considera legítima siempre y cuando los sucesivos encargados de cuidarla expresen relaciones entre sí en el «lenguaje» de la descendencia, de lazos matrimoniales o de ambos juntos, dando a la casa un matiz de parentesco (Lévi-Strauss 1979, 1981, 1982, 1987). A diferencia del modelo del grupo doméstico, el de la sociedad de casas enfatiza el parentesco como un lenguaje estratégico, o sea un conjunto de prácticas en el que los miembros de las casas expresan la «libertad de disfrazar las maniobras sociales o políticas bajo el manto del parentesco» (Lévi-Strauss 1982: 176, 186).

Las ventajas del modelo de la sociedad de casas para la arqueología

Varios aspectos importantes del modelo de la sociedad de casas lo hacen particularmente útil para la arqueología, incluyendo los siguientes: 1) la irrelevancia general de las «reglas» de parentesco o de residencia; 2) el enfoque sobre la

materialidad de las relaciones sociales, que modelan las prácticas estratégicas y sus consecuencias en el espacio y el tiempo; 3) el reconocimiento de formas corporativas e intersubjetivas de agencia y de identidad; 4) el énfasis sobre la diferenciación dentro y entre las casas; 5) la continua materialización de la casa, pues los miembros manipulan continuamente su propiedad y la mantienen a través del tiempo; y, por tanto, 6) la durabilidad de la «casa» (la persona moral) como resultado de acciones a corto y a largo plazo para perpetuarla (Gillespie 2000a, 2007; Joyce 2007).

Como ha observado Julia Hendon (2007: 294), «el concepto de la casa proporciona una manera de prestar atención al papel de los bienes materiales en la creación de relaciones entre los actores sociales». Las casas se definen y se reproducen a sí mismas a través de acciones involucradas con la preservación de su propiedad conjunta. Esta forma de reproducción material objetiva su existencia como grupo social y sirve para configurar su estatus o prestigio en relación con otras casas en la sociedad mayor (Gillespie 2000a: 2).

La casa versus el grupo doméstico

Es importante enfatizar que la «casa» no es la misma entidad que el «grupo doméstico» ni puede sustituirlo (*idem*: 1), ya que este último de alguna manera es universal, mientras que las sociedades de casas no lo son. Las casas pueden ser bastante grandes, con cientos de miembros que residen en diferentes grupos domésticos. Los residentes de un mismo grupo doméstico pueden reclamar pertenencia a múltiples casas. A pesar de estas importantes diferencias, los arqueólogos están usando ideas derivadas del modelo de la sociedad de casas para repensar sus análisis de los grupos domésticos, ya que éstos forman los entornos domésticos más inmediatos para la sanción de la vida cotidiana en prácticas que reproducen a la sociedad. Julia Hendon (2007: 293) comentó que: «...el modelo de la sociedad de casas y su componente, la casa [...] social [...] no sustituyen al grupo doméstico, sino que dirigen nuestra atención a fenómenos arqueológicamente visibles relevantes para la negociación social de la continuidad y la simbolización material de estabilidad, para grupos sociales que son flexibles en su membresía pero duraderos en la práctica».

Jeanne Lopiparo (2007: 77) ha sugerido además que el concepto de la casa:

...cambia la definición del grupo doméstico de un conjunto esencializado de características, relaciones, o funciones a una concepción más fluida y basada en la práctica de grupos domésticos como conjuntos de relaciones que continuamente están siendo sancionadas, producidas y reproducidas [con énfasis sobre] la reproducción material de la identidad social a través del tiempo (*ibidem*: 75).

Así como la «casa» puede ayudarnos a entender mejor al «grupo doméstico», la arqueología de grupos domésticos está permitiendo a los arqueólogos

formular modelos de cómo las sociedades de casas surgieron en el pasado y cómo se reprodujeron a través del tiempo en las prácticas de la vida cotidiana.

LAS LIMITACIONES DEL MODELO DEL GRUPO DOMÉSTICO

Aunque el modelo de la sociedad de casas trae nuevas perspectivas a nuestro entendimiento de los grupos domésticos, hay limitaciones reconocidas al conservar al grupo doméstico como la única y fundamental unidad de la sociedad. Dada su definición irreductible de unidad doméstica orientada hacia tareas, el modelo del grupo doméstico carece de los medios para investigar procesos de escala múltiple y procesos históricos. Yo argumentaré en esta sección que los arqueólogos interesados en estos dos temas de investigación podrían preferir emplear el modelo de la sociedad de casas.

La escala múltiple: relacionando a los grupos domésticos con las formaciones sociales mayores

El modelo del grupo doméstico está basado en lo singular y redundante de la unidad doméstica individual. Sin embargo, para que los grupos domésticos operen como los bloques básicos de construcción de una comunidad mayor o asentamiento, se requiere de algún mecanismo para vincularlos entre sí. Este problema fue reconocido en los primeros estudios de los grupos domésticos prehistóricos en Mesoamérica (Lopiparo 2007: 75; ver ejemplos en Wilk y Ashmore 1988). Las investigaciones arqueológicas en Mesoamérica sugirieron que los cambios en la forma y organización de los grupos domésticos a través del tiempo eran probablemente resultado de cambios en las relaciones sociales mayores, más que en las prácticas de subsistencia de los grupos domésticos (Hirth 1993: 32; Kramer 1982: 674). Después de todo, «las relaciones y acciones de los grupos domésticos no están aisladas de la sociedad [...] ni tampoco solamente reaccionan pasivamente a cambios impuestos desde fuera» (Hendon 1996: 47).

No obstante, los grupos domésticos siguieron tratándose como entidades equivalentes e independientes, lo que generó críticas a finales de los años ochenta acerca de que el estudio de los grupos domésticos dentro de la sociedad mayor estaba siendo ignorado. El modelo del grupo doméstico por sí mismo no proporciona un entendimiento de cómo los grupos domésticos individuales se relacionan entre sí o con las configuraciones sociales mayores (Robin 2003: 330), o sea, de qué manera «los eventos en una escala afectan los de cualquier otra» (Lopiparo *op. cit.*). El reto no se alcanzó debido a que no se pudo vincular de manera procesal lo que sucede a microescala en el grupo doméstico con las escalas mayores de la aldea, el sistema político y la región (Hendon 2007: 293; Tringham 1991: 102).

En contraste, el modelo de la sociedad de casas es de escala múltiple. Este modelo cambia la escala analítica en ambas direcciones desde el grupo residencial hasta la casa individual y también hasta la sociedad mayor de dos maneras: primero, al demostrar cómo las prácticas a nivel de microescala reproducen la macroescala de la comunidad y la sociedad (*v. g.* Joyce y Lopiparo 2005), y segundo, al enfocar su atención en las relaciones entre casas a través del tiempo y cómo contribuyen al cambio social (Gillespie 2007: 31). En primer lugar, los entornos y actividades domésticos privados no son sustancialmente diferentes de los dominios públicos de la comunidad o del Estado (Hendon 2002: 75). Como ha observado Jeanne Lopiparo (*op. cit.*: 91-92), «la reconstrucción de las sociedades de casas [...] demuestra cómo lo que consideramos constructos de alto nivel –como ‘política’ y ‘economía’– en realidad son constituidos en la vida cotidiana». Las relaciones sociales de escala pequeña reveladas en las prácticas domésticas eran «marcos para relaciones económicas y políticas que unieron a los grupos domésticos en las sociedades», como observó Rosemary Joyce (2007: 53). Por eso, «en sus prácticas cotidianas los habitantes de sitios domésticos producen, reproducen y modifican estas estructuras sociales de escala mayor» (Lopiparo *op. cit.*: 76).

En segundo lugar, el modelo de la sociedad de casas enfatiza los diversos mecanismos para relacionar las casas entre sí dentro y a través de las sociedades, especialmente los lazos de parentesco y de matrimonio. Sin embargo, los arqueólogos y los etnógrafos habían insistido originalmente en que las relaciones de parentesco fueran separadas analíticamente de las actividades productivas de un grupo doméstico (Netting *et al.* 1984: xxvi, xxix). No obstante, muchos estudios arqueológicos de grupos domésticos supusieron que éstos coincidían con una unidad familiar (Netting *et al.* 1984: xxvi; ver Deetz 1982). Por ejemplo, la transmisión de propiedad y de papeles sociales a través de generaciones fue considerada como una de las principales funciones de los grupos domésticos (Wilk y Rathje 1982). Sin embargo, esta función no puede modelarse en términos de un grupo de tarea o de actividad sin considerar los lazos de parentesco o de un medio simbólico similar para representar estratégicamente las relaciones de individuos con los derechos de propiedad que perduran durante las vidas de múltiples agentes. En contraste con los grupos domésticos, la casa se define precisamente en términos de la transmisión de propiedad por el uso estratégico de un «lenguaje» simbólico de descendencia o de matrimonio activado en las prácticas que ligan a los cuidadores de diferentes generaciones.

El modelo de la sociedad de casas también se enfoca en las relaciones entre casas que son esenciales para la operación de la sociedad, relaciones que también se configuran en el lenguaje del parentesco o del matrimonio. Los matrimonios motivan frecuentemente un largo proceso de intercambios entre casas aliadas, que negocian para mantener o dar propiedad valiosa de la casa, gran parte de la cual puede aparecer en los rituales funerarios (Gillespie 2007: 36; Gillespie y Joyce 1997; Joyce 2007; ver también Weiner 1992). Las alianzas matrimo-

niales pueden extenderse por varias generaciones y a través de múltiples casas, impactando las identidades y prácticas mutuamente constituidas por numerosos individuos (*v. g.* McKinnon 1991). Además, la retención de lazos entre hermanos cuando éstos se casan con gente de otras casas puede sancionarse en prácticas que vinculan esas casas entre sí (*v. g.* Sandstrom 2000). Las casas pueden crecer rápidamente al «adoptar» individuos que pueden asumir el apellido común (patronímico) como si fueran parientes (Gillespie 2000d). Estos y otros mecanismos para dar cuenta de las interacciones de diferentes casas no caben en el modelo del grupo doméstico.

Tiempo, duración e historia

La segunda limitación reconocida del modelo del grupo doméstico es su falta de capacidad de tratar con procesos históricos de largo plazo. Los etnógrafos veían a los grupos domésticos de manera sincrónica (Hirth *op. cit.*: 24), enfocándose en «la estabilidad y el patrón más que en la evolución y el cambio» (Ashmore y Wilk 1988: 2). Los grupos domésticos eran tratados como grupos conservadores que sólo cambiaban en respuesta a amplios ajustes evolutivos (Hirth *op. cit.*: 22). Para los arqueólogos, el grupo doméstico presenta un problema temporal, como observó Kenneth Hirth (*ibidem*: 24-25), porque ellos con frecuencia descubren los restos de arquitectura residencial que abarcan décadas o hasta siglos de ocupación continua o casi continua en la misma localidad. Estos datos se interpretan como los rastros acumulados de múltiples grupos domésticos, y frecuentemente es difícil separar los artefactos y estructuras de los grupos domésticos individuales de un mismo momento (*ibidem*: 24). Por lo tanto, Michael Smith (1992) propuso una distinción en la terminología entre el grupo doméstico y la «serie de grupos domésticos», esta última es «la secuencia de grupos domésticos que habitan de manera sucesiva una estructura dada» o localidad a lo largo de múltiples generaciones (Smith 1992: 30; ver también Alexander 1999: 81; Hirth *op. cit.*: 25).

Sin embargo, a diferencia del grupo doméstico de vida corta, la duración de la casa social es su principal razón de ser y la ulterior demostración de la existencia de la casa. Los cuidadores de la herencia de la casa van y vienen a lo largo de múltiples generaciones; sus acciones cotidianas y no cotidianas reproducen la casa, manteniendo y acrecentando su prestigio. Al emplear este modelo los arqueólogos se han enfocado en la continuidad de la casa, especialmente en la arquitectura duradera de las estructuras (incluyendo residencias, tumbas y adoratorios) que son la manifestación material de los esfuerzos de la casa (*v. g.* Beck 2007; Tringham 2000). La continuidad de la casa social también se invoca por la referencia material a la precedencia u orígenes representados por los ancestros. Estas prácticas incluyen la colocación de entierros en terrenos de la casa, la conservación de valiosos objetos heredados que son signos de personajes ancestrales, y la reutilización de nombres y títulos ancestrales (Gi-

llespie 2000b, 2001, 2002, 2007; Grove y Gillespie 2002: 11; Joyce 2000b; ver ejemplos en Beck 2007).

La perspectiva a largo plazo es por lo tanto igual de importante para entender a las sociedades de casas que sus escalas múltiples, ligando las situaciones domésticas vivas con configuraciones sociales mayores en el espacio y el tiempo. Fue desde esta perspectiva histórica que Lévi-Strauss vio la casa como una institución dinámica y las casas como «agentes de cambio histórico, especialmente en referencia a las relaciones entre casas [...] porque [las casas] necesitan triunfos constantes en las negociaciones y manipulaciones para mantenerse frente a la competencia de otras casas» (Gillespie 2000b: 33).

En otras palabras, las casas están *dentro* de la historia, y como agentes corporativos *hacen* historia, como lo logran con los resultados intencionales y no intencionales de sus acciones (Gillespie 2007: 41). En este proceso las casas y las sociedades de casas pueden ser radicalmente cambiadas, algunas veces muy rápidamente (*ibid.*: 39). Las interacciones de las casas están inextricablemente ligadas al desarrollo del estatus y de rangos de poder. La competencia por el prestigio y por el acceso desigual a la propiedad diferencia a las casas entre sí de maneras que pueden ulteriormente dar forma a la jerarquía política (Gillespie 2000b: 49). En resumen, a diferencia del modelo del grupo doméstico, el de la sociedad de casas proporciona a los arqueólogos los mecanismos para entender el desarrollo de sociedades complejas, no «de arriba hacia abajo», como hace la teoría neoevolucionista, sino «de abajo hacia arriba», como el resultado de las prácticas diarias de los individuos (Lopiparo *op. cit.*: 78).

Estudio de caso: Chalcatzingo como una sociedad de casas

Aunque otros colegas y yo hemos discutido la organización social y de asentamientos de los mayas en términos de la evidencia para casas nobles (por ejemplo, Braswell 2001; Gillespie 2000c, 2000d, 2001, 2002; Gillespie y Joyce 1997; Hendon 2003, 2007; Hutson *et al.* 2004; Joyce 2000a, 2000b, 2007; Lopiparo 2007; Manahan 2004; Ringle y Bey 2001; Taschek y Ball 2003; Weiss-Krejci 2004; también ver Chance 2000; Hicks 2009 sobre la casa noble nahua), el modelo de la sociedad de casas se aplica a sociedades no estratificadas donde las diferencias de estatus entre casas no están tan institucionalizadas. Numerosos estudios demuestran ahora cómo el periodo Formativo fue testigo del surgimiento de sociedades de casas en varias partes de Mesoamérica y en otras áreas del mundo (ver especialmente Beck 2007). Me gustaría aplicar algunos aspectos del modelo de la sociedad de casas al sitio Formativo de Chalcatzingo, ubicado en el valle del río Amatzinac en el este del estado de Morelos.

Un proyecto de gran escala fue llevado a cabo en Chalcatzingo en los años setenta bajo la dirección de David Grove, Jorge Angulo y Raúl Arana (Grove 1984; Grove [ed.] 1987), incluyendo la excavación de muchas de sus estructuras domésticas, lo que hace de Chalcatzingo la aldea del Formativo medio

más extensamente estudiada en las tierras altas centrales de México. El Proyecto Arqueológico Chalcatzingo fue una importante contribución a la arqueología de grupos domésticos en Mesoamérica. Se excavaron total o parcialmente trece estructuras domésticas del periodo Formativo medio, dos de ellas fechadas en la fase Barranca (inicios del Formativo medio, 1100-700 aC [fecha de radiocarbono sin calibrar]) y once en la subsiguiente fase Cantera (700-500 aC) (Prindiville y Grove 1987: 66). Toda la loma del sitio había sido terracada en los inicios de la fase Barranca (alrededor de 1100 aC) y, exceptuando la Terraza 1 (la Plaza Central), solamente una estructura residencial fue colocada en cada terraza (figura 1). Esto creó un patrón de asentamiento disperso que siguió durante seis siglos a lo largo de la fase Cantera (*ibidem*: 79).

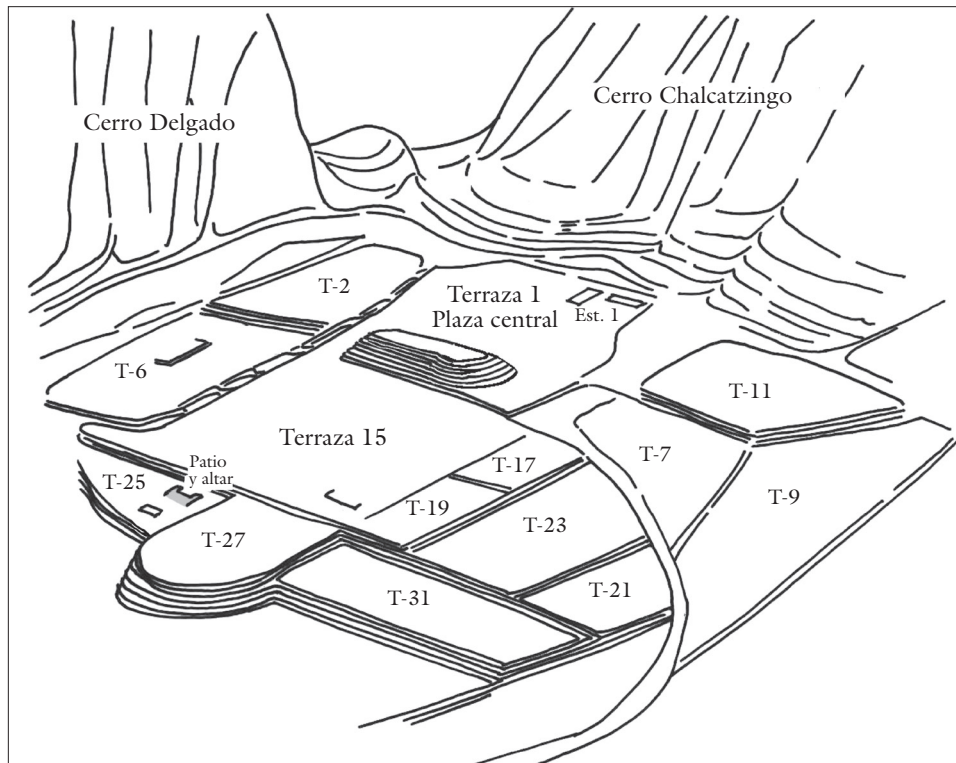


Figura 1. Las terrazas del sitio Chalcatzingo, al pie de los cerros Chalcatzingo y Delgado (dibujo cortesía de David C. Grove).

Reconstrucción de las residencias

Las terrazas de Chalcatzingo tuvieron larga vida, al igual que las estructuras residenciales. La arquitectura doméstica fue incendiada intencionalmente a intervalos y luego reconstruida en el mismo lugar a través de generaciones (Grove

y Gillespie 2002: 17; Prindiville y Grove *op. cit.*: 74). David Grove (1987: 421; Prindiville y Grove *op. cit.*: 80) interpretó estas prácticas como evidencia de derechos hereditarios de propiedad sobre la tierra y las estructuras en ella. Sin embargo, el modelo del grupo doméstico no puede explicar tales derechos ni tampoco por qué los individuos seguirían erigiendo sus residencias en el mismo lugar, incluso terminando ritualmente la antigua estructura antes de construir la nueva (Grove y Gillespie *op. cit.*: 17).

No obstante, estas prácticas son totalmente compatibles con el modelo de la sociedad de casas. La construcción secuencial en el mismo lugar es una manifestación material de la longevidad de la casa social. Esta práctica es fuente de identidad y de prestigio para aquellos que mantuvieron esa estructura y que de esa manera se vincularon con los fundadores de esa casa social en el pasado profundo (Gillespie *sf a*). Cada terraza, y no solamente cada residencia, fue ostensiblemente la propiedad duradera de una misma casa de larga vida (Gillespie *sf b*).

Los entierros bajo los pisos

La colocación de los difuntos debajo de los pisos de una residencia fue una práctica común en Mesoamérica durante el periodo Formativo (Joyce 1999). Se supone que los individuos fallecidos se volvieron importantes para las identidades sociales y hasta para las rutinas diarias de los miembros vivos del grupo doméstico. Los miembros sobrevivientes del grupo doméstico habrían compartido las memorias sociales del enterramiento de cuerpos dentro de sus muros y entablaron conscientemente prácticas domésticas en íntima asociación con los muertos (Hendon 2000: 47-49).

La mayoría de los 143 entierros del periodo Formativo en Chalcatzingo fue encontrada debajo de los pisos de residencias, por lo que arqueólogos del proyecto supusieron que se trataba de los restos de los miembros de grupos domésticos (Prindiville y Grove *op. cit.*: 73). Sin embargo, los arqueólogos también objetaron esa suposición al demostrar que había muy pocos entierros debajo de algunos pisos de estructuras como para representar a todos los miembros del grupo doméstico a través de varias generaciones (*ibidem*: 73-74). En otras palabras, no todos los miembros de los grupos domésticos fueron enterrados bajo los pisos.

Además, el Proyecto Chalcatzingo encontró más de 20 entierros en la Terraza 25, en un área que no estaba asociada con una residencia. Los arqueólogos entonces se preguntaron si esta gente venía de varios grupos domésticos (*ibidem*: 73). Por otra parte, había una residencia grande que tenía 38 entierros, casi cuatro veces más que el mayor número encontrado en cualquier otra vivienda. Esta residencia fue llamada Estructura I de la Plaza Central, y los entierros bajo su piso exhibieron marcadores de alto rango, como tumbas en forma de cripta y la inclusión de elementos de jade y de otras piedras verdes.

A causa de su tamaño, de su ubicación en la Plaza Central, cerca de un importante montículo plataforma (Estructura 4), y de sus ricos entierros, se supuso que la Estructura 1 había sido la unidad doméstica de los dirigentes de la comunidad. Éstos habrían sido jefes de la gran región bajo el control político de Chalcatzingo (Merry 1987: 98, 101; Prindiville y Grove *op. cit.*: 79; ver también Grove y Gillespie 1992: 193). Una suposición inicial fue que la familia de jefes que controló esta gran terraza centralmente ubicada la había ocupado durante múltiples generaciones, dado que la residencia de la Estructura 1 sufrió por lo menos tres episodios de reconstrucción. Si esto fuera cierto, sus muchos entierros representarían los restos de una «secuencia de grupos domésticos», o sea, múltiples grupos domésticos, tal vez del mismo «linaje» de élite que gobernaron Chalcatzingo durante varios siglos (Grove y Gillespie 2002: 14; Prindiville y Grove *op. cit.*: 80).

Es importante darse cuenta de que esta interpretación estaba basada en un enfoque sinóptico a la Estructura 1 de la Plaza Central, y no al sitio en su conjunto. El grupo doméstico de esta estructura fue considerado de la «élite» en contraste con los otros grupos domésticos, que por eso fueron vistos como equivalentes entre sí (*idem*). Esta interpretación encajó bien dentro de las teorías neo evolucionistas vigentes (*v. g.* Evans 2004: 150) que suponían el surgimiento de una autoridad centralizada –un linaje de jefes– que dominaría otros grupos domésticos en el naciente cacicazgo (Gillespie *sf a*).

No obstante, la longevidad de las localidades para las estructuras residenciales y entierros en Chalcatzingo no puede tomarse como un hecho. Una observación de la microescala de las prácticas que dieron forma a varias estructuras y sus correlatos materiales a través del tiempo nos da una perspectiva diferente. Por ejemplo, aunque había 38 entierros bajo el piso de la Estructura 1 de la Plaza Central, todos ellos corresponden solamente a la cuarta y última fase constructiva de esa residencia (Merry *op. cit.*: 101), en algún momento durante la subfase Cantera tardía (600-500 aC) (Cyphers y Grove 1987). Por lo tanto, David Grove (1987: 422) sugirió que al menos algunas personas sepultadas debajo de este piso *no* eran residentes de la unidad doméstica, y que ésta era un lugar de entierro especial, posiblemente ni siquiera una residencia en un sentido estricto. Sin embargo, esta sugerencia hace dudar de la designación de la Estructura 1 de la Plaza Central como la residencia de los jefes de Chalcatzingo, con base en la suposición de que los miembros de un mismo grupo doméstico de jefes estaban enterrados ahí (Gillespie *sf b*).

En pocas palabras, el modelo del grupo doméstico no puede explicar la presencia de tantos entierros en una localidad durante un periodo corto. Por otra parte, el modelo de la sociedad de casas nos da ejemplos documentados etnográficamente de juntar a los miembros difuntos de una misma casa que vivían en distintos grupos domésticos (Waterson 1995). La capacidad de la casa social asociada con la Plaza Central para atraer un gran número de cuerpos y de incorporarlos dentro de la estructura es un indicio de las maniobras polí-

ticas estratégicas de los cuidadores de esa casa (Gillespie *sf b*). Los entierros yuxtapuestos en el mismo lugar son una manera de reiterar los lazos parecidos al parentesco que vinculan a los individuos y a las casas.

Además, como ya mencioné, hubo una localidad adicional con muchos entierros, algunos con características de élite, como los de la Estructura 1 de la Plaza Central. Se trata de la Terraza 25; aunque ésta es muy diferente a la Estructura 1 porque la mayor parte de sus 22 entierros no fue colocada debajo del piso de una estructura residencial, y por lo tanto no puede suponerse que los cuerpos sean de los miembros difuntos de un mismo grupo doméstico. Más bien, esta localidad de entierro fue un patio hundido con muros de piedra marcado en un extremo por un altar en forma de mesa, el Altar 2 de los entierros de la fase Cantera (Fash 1987). La colocación de los muertos debajo del patio de la Terraza 25 fue tan distinta del patrón de enterramiento bajo los pisos de residencias, que fue considerada «anómala» por los arqueólogos del Proyecto Chalcatzingo (Prindiville y Grove *op. cit.*: 73).

Sin embargo, a pesar de no estar dentro de una estructura residencial, las prácticas de entierro en la Terraza 25 casi duplican las de la Plaza Central. En Chalcatzingo solamente estos dos lugares tuvieron gran densidad de entierros, tumbas de cripta, similares bienes de élite en las tumbas, la colocación de artefactos fuera de los entierros alrededor de las tumbas y la costumbre de ubicar los entierros uno encima de otro (entierros en pares, Merry de Morales *op. cit.*: 104-106; Gillespie *sf b*). Las similitudes entre las costumbres de enterramiento en estas dos localidades tan diferentes desafían nuestra capacidad de explicar la organización social del sitio en términos de grupos domésticos como «bloques de construcción» redundantes u homogéneos.

Además, hubo mucha más longevidad para los entierros de la Terraza 25 comparados con los de la Plaza Central, porque algunos de los primeros pertenecieron a la fase Barranca (Merry 1987). En el área del patio, cerca del altar en forma de mesa se encontraron los restos de una residencia anterior de la fase Barranca, con por lo menos dos entierros debajo del piso (Fash 1987: 86). Sin embargo, más que haber sido reconstruida continuamente como otras residencias, esta vivienda fue reemplazada por arquitectura de naturaleza ritual o sea, por el patio con su altar. Algunos entierros de la fase Cantera fueron colocados sobre los de la fase Barranca, que son mucho más antiguos, incluso dentro de la misma estructura del altar. Esto probablemente no fue una coincidencia, sino un reconocimiento material de los lazos entre los muertos más recientes y los más antiguos (Gillespie *sf b*).

Por lo tanto, los datos de los entierros de Chalcatzingo indican algún tipo de relación especial entre las unidades sociales que sepultaron a sus muertos tanto en la Estructura 1 de la Plaza Central como en el patio de la Terraza 25. Aunque el modelo del grupo doméstico no puede aplicarse para interpretar estos datos, el modelo de la sociedad de casas enfoca nuestra atención precisamente sobre las acciones competitivas y cooperativas entre distintas casas dentro de

una sociedad. Aunque no podamos conocer con precisión qué tipo de relación hubo entre estas dos casas, ésta se manifestó en las prácticas materiales con aspectos tanto utilitarios como rituales a lo largo de un periodo considerable.

Además, hay evidencia procedente tanto de la Plaza Central como de la Terraza 25 de interacciones a larga distancia con distintos sistemas políticos de Mesoamérica. Los lazos de Chalcatzingo con la costa del Golfo han sido conocidos desde hace mucho tiempo, especialmente por sus piedras labradas parecidas a las de los olmecas. La evidencia material vincula directamente a Chalcatzingo con La Venta (Grove 1989: 134) y, dentro de Chalcatzingo, esos lazos se asocian de mejor manera con la casa que controlaba la Plaza Central. En contraste, la casa social asociada con la Terraza 25 parece haber tenido fuertes lazos con algunos centros en Guerrero (*v. g.* Teopantecuanitlan, Oxtotitlan), con base en similitudes en la construcción del altar y del patio (Fash *op. cit.*: 82; Gillespie *sf b*; Grove 1989: 142-143).

Si tratáramos el sitio de Chalcatzingo como un todo, estas diversas relaciones externas serían difíciles de entender. Sin embargo, el modelo de la sociedad de casas reconoce que unas casas pueden crear sus propias alianzas con otras, incluso a través de fronteras políticas, culturales y lingüísticas (Gillespie 2000b: 42). Obtenemos un distinto entendimiento de Chalcatzingo al examinar cómo las polifacéticas relaciones entre todas las casas de este sitio crearon la historia de la comunidad y moldearon a sus habitantes a través del tiempo.

CONCLUSIÓN

He presentado este breve estudio de caso para demostrar cómo el modelo del grupo doméstico está limitado en su consideración de las múltiples escalas y la diacronía, en comparación con el modelo de la sociedad de casas. Chalcatzingo, durante el Formativo, exhibió los criterios de una sociedad de casas, especialmente en la durabilidad de sus estructuras reconstruidas y las prácticas repetidas de enterramiento en los mismos lugares. La evidencia arqueológica nos proporciona los indicadores materiales de las referencias a los orígenes ancestrales que habrían moldeado las identidades de los miembros de las casas en Chalcatzingo a lo largo de las generaciones. El patrón de asentamiento disperso y la restricción de una residencia para cada terraza hace más fácil visualizar la división social de la comunidad en casas sociales, cuyas prácticas autoconstitutivas se extendieron espacialmente por lo menos hasta las terrazas, más allá de los linderos de la residencia. Sin embargo, incluso en donde pueden no estar presentes los criterios reconocibles de una sociedad de casas bien formada (*v. g.* Joyce 1999; Tringham 2000), al analizar las prácticas de los grupos domésticos desde la perspectiva del modelo de la sociedad de casas, se abren más caminos productivos para la interpretación.

En conclusión, las preguntas que las perspectivas teóricas contemporáneas plantean sobre los datos del Proyecto Chalcatzingo –tratando temas de la práctica, la agencia, la materialidad y la historia– pueden ser mejor abordadas a través del modelo de la sociedad de casas. Sin embargo, no debemos olvidar que el análisis de las relaciones dentro de y entre las casas sociales en Chalcatzingo depende de la evidencia a nivel microescala de las actividades domésticas, que pertenecen al ámbito de la arqueología de los grupos domésticos. Por lo tanto, deberemos agregar el modelo de «sociedad de casas» al de «grupo doméstico» dentro de nuestro repertorio analítico, ya que ambos son útiles para investigar la arqueología de la vida cotidiana.

Agradecimientos

Agradezco la amable invitación de Guillermo Acosta Ochoa y Edith Ortiz Díaz para participar en este coloquio, así como la ayuda con los datos sobre Chalcatzingo proporcionada por David C. Grove. El texto fue traducido por Eduardo Williams.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDER, RANI M.

- 1999 «Mesoamerican house lots and archaeological site structure: problems of inference in Yaxcaba, Yucatan, Mexico, 1750-1847», Penelope M. Allison (ed.), *The archaeology of household activities*, Routledge, Londres: 78-100.

ALISON, PENELOPE M.

- 1999 «Introduction», Penelope M. Allison (ed.), *The archaeology of household activities*, Routledge, Londres: 1-18.

ASHMORE, WENDY

- 2002 «Decisions and dispositions: socializing spatial archaeology», *American Anthropologist* 104: 1172-1183.

ASHMORE, WENDY Y RICHARD R. WILK

- 1988 «Household and community in the mesoamerican past», Richard R. Wilk y Wendy Ashmore (eds.), *Household and community in the Mesoamerican past*, University of New Mexico Press, Albuquerque: 1-27.

BECK, ROBIN (ED.)

- 2007 *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations (Occasional Paper 35) Southern Illinois University, Carbondale.

BINFORD, LEWIS R.

1977 *For theory building in archaeology*, Academic Press, Nueva York.

BOURDIEU, PIERRE

1973 «The berber house», Mary Douglas (ed.), *Rules and meanings: the anthropology of everyday knowledge*, Penguin, Harmondsworth: 98-110.

1977 *Outline of a theory of practice*, Cambridge University, Cambridge.

BRADLEY, RICHARD

2005 *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*, Routledge, Londres.

BRASWELL, GEOFFREY E.

2001 «Post-Classic maya courts of the Guatemalan highlands: archaeological and ethnohistorical approaches», Takeshi Inomata y Stephen D. Houston (eds.), *Royal courts of the ancient maya*, vol. 2: Data and case studies, Westview, Boulder: 308-334.

BRUMFIEL, ELIZABETH M.

1992 «Distinguished lecture in archeology: breaking and entering the ecosystem–gender, class, and faction steal the show», *American Anthropologist* 94: 551-567.

CHANCE, JOHN K.

2000 «The noble house in colonial Puebla, Mexico: descent, inheritance, and the nahua tradition», *American Anthropologist* 102: 485-502.

CUNNINGHAM, CLARK E.

1964 «Order in the Atoni house», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 120: 34-68.

CYPHERS GUILLÉN, ANN Y DAVID C. GROVE

1987 «Chronology and cultural phases at Chalcatzingo», David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin: 56-62.

DEETZ, JAMES J. F.

1982 «Households: a structural key to archaeological explanation», *American Behavioral Scientist* 25: 717-724.

DONLEY-REID, LINDA W.

1990 «A structuring structure: the swahili house», Susan Kent (ed.), *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study*, Cambridge University, Cambridge: 114-126.

EVANS, SUSAN TOBY

- 2004 *Ancient Mexico and Central America: archaeology and culture history*, Thames & Hudson, Londres.

FASH, WILLIAM, JR.

- 1987 «The altar and associated features», David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin: 82-94.

FLANNERY, KENT V.

- 1976 «Research strategy and Formative Mesoamerica», Kent V. Flannery (ed.), *The early mesoamerican village*, Academic Press, Nueva York: 1-11.
1983 «The Tierras Largas phase and the analytical units of the early Oaxacan village», Kent V. Flannery y Joyce Marcus (eds.), *The cloud people: divergent evolution of the zapotec and mixtec civilizations*, Academic Press, Nueva York: 43-45.

FLANNERY, KENT V. (ED.)

- 1976 *The early mesoamerican village*, Academic Press, Nueva York.

FREIDEL, DAVID

- 1989 «Review of Household and Community in the Mesoamerican Past» Richard R. Wilk and Wendy Ashmore (eds.), *Science* 244 (4906; 19 de mayo): 863-864.

GILLESPIE, SUSAN D.

- 2000a «Beyond kinship: an introduction», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 1-21.
2000b «Lévi-Strauss: Maison and Société à maisons», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 22-52.
2000c «Maya «nested houses»: the ritual construction of place», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 135-160.
2000d «Rethinking ancient maya social organization: replacing «lineage» with «house»», *American Anthropologist* 102: 467-484.
2001 «Personhood, agency, and mortuary ritual: a case study from the ancient maya», *Journal of Anthropological Archaeology* 20: 73-112.
2002 «Body and soul among the maya: keeping the spirits in place», Helaine Silverman y David B. Small (eds.), *The space and place of death* Archeological Papers of the American Anthropological Association 11, Arlington: 67-78.

- 2007 «When is a house?», Robin Beck, Jr. (ed.), *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations (Occasional Paper 35), Southern Illinois University, Carbondale: 25-50.
- sf a «Chalcatzingo, Morelos, durante el Formativo: una «sociedad de casas»», Eduardo Williams, Lorenza López Mestas y Rodrigo Esparza (eds.), *Las sociedades complejas del occidente de México en el mundo mesoamericano: homenaje al Dr. Phil C. Weigand*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Colegio de Michoacán, Zamora (en prensa).
- sf b «Inside and outside: residential burial at Formative period Chalcatzingo, Mexico», Ron L. Adams y Stacie M. King (eds.), *Residential burial: a multi-regional exploration*, Archeological Papers of the American Anthropological Association 20, Arlington (en prensa).
- GILLESPIE, SUSAN D. Y ROSEMARY A. JOYCE
- 1997 «Gendered goods: the symbolism of maya hierarchical exchange relations», Cheryl Claassen y Rosemary A. Joyce (eds.), *Women in prehistory: North America and Mesoamerica*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 189-207.
- GROVE, DAVID C.
- 1984 *Chalcatzingo: excavations on the olmec frontier*, Thames & Hudson, Londres.
- 1987 «Comments on the site and its organization», David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin: 420-433.
- 1989 «Chalcatzingo and its olmec connection», Robert J. Sharer y David C. Grove (eds.), *Regional perspectives on the olmec*, Cambridge University, Cambridge: 122-147.
- GROVE, DAVID C. (ED.)
- 1987 *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin.
- GROVE, DAVID C. Y SUSAN D. GILLESPIE
- 1992 «Archaeological indicators of Formative period elites: a perspective from central Mexico», Diane Z. Chase y Arlen F. Chase (eds.), *Mesoamerican elites: an archaeological assessment*, University of Oklahoma, Norman: 191-205.
- 2002 «Middle Formative domestic ritual at Chalcatzingo, Morelos», Patricia Plunket (ed.), *Domestic ritual in ancient Mesoamerica*, Cotsen Institute of Archaeology (Monograph 46), University of California at Los Angeles, Los Angeles: 11-19.

HEGMON, MICHELLE

- 2003 «Setting theoretical egos aside: issues and theory in north American archaeology», *American Antiquity* 68: 213-243.

HELMS, MARY W.

- 2007 «House life», Robin Beck, Jr. (ed.), *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations (Occasional Paper 35), Southern Illinois University, Carbondale: 487-504.

HENDON, JULIA A.

- 1996 «Archaeological approaches to the organization of domestic labor: household practice and domestic relations», *Annual Review of Anthropology* 25: 45-61.
- 1999 «The Pre-Classic maya compound as the focus of social identity», David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Dumbarton Oaks, Washington: 97-125.
- 2000 «Having and holding: storage, memory, knowledge, and social relations», *American Anthropologist* 102: 42-53.
- 2002 «Household and State in pre-hispanic maya society: gender, identity, and practice», Lowell S. Gustafson y Amelia M. Trevelyan (eds.), *Ancient maya gender identity and relations*, Bergin & Garvey, Westport: 75-92.
- 2003 «Feasting at home: community and house solidarity among the maya of Southeastern Mesoamerica», Tamara L. Bray (ed.), *The archaeology and politics of food and feasting in early states and empires*, Kluwer Academic/Plenum, Nueva York: 203-233.
- 2007 «Memory, materiality, and practice: house societies in Southeastern Mesoamerica», Robin Beck, Jr. (ed.), *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations (Occasional Paper 35), Southern Illinois University, Carbondale: 292-316.

HICKS, FREDERIC

- 2009 «Land and succession in the indigenous noble houses of sixteenth-century Tlaxcala», *Ethnohistory* 56: 569-588.

HIRTH, KENNETH G.

- 1993 «The household as an analytical unit: problems in method and theory», Robert S. Santley y Kenneth G. Hirth (eds.), *Prehispanic domestic units in Western Mesoamerica: studies of the household, compound, and residence*, CRC Press, Boca Raton: 21-36.

HUTSON, SCOTT R., ALINE MAGNONI Y TRAVIS W. STANTON

- 2004 «House rules? The practice of social organization in Classic period Chunchucmil, Yucatan, Mexico», *Ancient Mesoamerica* 15: 75-92.

JOYCE, ROSEMARY A.

- 1999 «Social dimensions of pre-Classic burials», David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social patterns in pre-Classic Mesoamerica*, Dumbarton Oaks, Washington: 15-47.
- 2000a *Gender and power in prehispanic Mesoamerica*, University of Texas, Austin.
- 2000b «Heirlooms and houses: materiality and social memory», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 189-212.
- 2007 «Building houses: the materialization of lasting identity in Formative Mesoamerica», Robin Beck, Jr. (ed.), *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations (Occasional Paper 35), Southern Illinois University, Carbondale: 53-72.

JOYCE, ROSEMARY A. Y JEANNE LOPIPARO

- 2005 «Postscript: doing agency in archaeology», *Journal of Archaeological Method and Theory* 12: 365-374.

LÉVI-STRAUSS, CLAUDE

- 1979 *La voie des masques*, Plon, París.
- 1981 *La vía de las máscaras*, Siglo XXI, México.
- 1982 *The Way of the Masks*, University of Washington, Seattle.
- 1987 *Anthropology and Myth: Lectures 1951-1982*, Blackwell, Oxford.

KENT, SUSAN

- 1984 *Analyzing activity areas: an ethnoarchaeological study of the use of space*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1987 «Understanding the use of space –an ethnoarchaeological perspective», Susan Kent (ed.), *Method and theory for activity area research –an ethnoarchaeological approach*, Columbia University, Nueva York: 513-546.
- 1990 «Activity areas and architecture: an interdisciplinary view of the relationship between use of space and domestic built environments», Susan Kent (ed.), *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study*, Cambridge University, Cambridge: 1-8.

KRAMER, CAROL

- 1982 «Ethnographic households and archaeological interpretation: a case from Iranian Kurdistan», *American Behavioral Scientist* 25: 663-675.

LOPIPARO, JEANNE

- 2007 «House societies and heterarchy in the Terminal Classic Ulúa Valley, Honduras», Robin Beck, Jr. (ed.), *The durable house: house society models in archaeology*, Center for Archaeological Investigations, (Occasional Paper 35), Southern Illinois University, Carbondale: 73-96.

LOVE, MICHAEL

- 1999 «Ideology, material culture, and daily practice in Pre-classic Mesoamerica: a Pacific coast perspective», David C. Grove y Rosemary A. Joyce (eds.), *Social patterns in Pre-classic Mesoamerica*, Dumbarton Oaks, Washington: 127-153.

MANAHAN, T. KAM

- 2004 «The way things fall apart: social organization and the Classic Maya collapse of Copan», *Ancient Mesoamerica* 15: 107-125.

MANZANILLA, LINDA

- 1986 «Introducción», Linda Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 9-18.

McKINNON, SUSAN

- 1991 *From a shattered sun: hierarchy, gender, and alliance in the Tanimbar Islands*, University of Wisconsin, Madison.

MERRY DE MORALES, MARCIA

- 1987 «Chalcatzingo burials as indicators of social ranking», David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin: 95-113.

NANOGLOU, STRATOS

- 2008 «Building biographies and households: aspects of community life in Neolithic Northern Greece», *Journal of Social Archaeology* 8: 139-160.

NETTING, ROBERT McC., RICHARD R. WILK Y ERIC J. ARNOULD

- 1984 «Introduction», Robert McC. Netting, Richard R. Wilk y Eric J. Arnould (eds.), *Households: comparative and historical studies of the domestic group*, University of California, Berkeley: xiii-xxxviii.

PLUNKET, PATRICIA

- 2002 «Introduction», Patricia Plunket (ed.), *Domestic ritual in ancient Mesoamerica*, Cotsen Institute of Archaeology (Monograph 46), University of California at Los Angeles, Los Angeles: 1-9.

PRED, ALLAN

- 1985 «The social becomes the spatial, the spatial becomes the social: enclosures, social change and the becoming of places in Skåne», Derek Gregory y John Urry (eds.), *Social relations and spatial structures*, MacMillan, Basingstoke: 337-365.

PRINDIVILLE, MARY Y DAVID C. GROVE

- 1987 «The settlement and its architecture», David C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, University of Texas, Austin: 63-81.

RINGLE, WILLIAM M. Y GEORGE J. BEY III

- 2001 «Postclassic and Terminal Classic courts of the Northern Maya lowlands», Takeshi Inomata y Stephen D. Houston (eds.), *Royal courts of the ancient maya*, vol. 2: data and case studies, Westview, Boulder: 266-307.

ROBIN, CYNTHIA A.

- 2003 «New directions in Classic Maya household archaeology», *Journal of Archaeological Research* 11: 279-356.

SANDSTROM, ALAN R.

- 2000 «Toponymic groups and house organization: the nahuas of Northern Veracruz, Mexico», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 53-72.

SMITH, MICHAEL E.

- 1992 «Braudel's temporal rhythms and chronology theory in archaeology», A. Bernard Knapp (ed.), *Archaeology, annales and ethnohistory*, Cambridge University, Cambridge: 23-34.

TASCHEK, JENNIFER T. Y JOSEPH W. BALL

- 2003 «Nohoch Ek revisited: the minor center as manor», *Latin American Antiquity* 14: 371-388.

TRINGHAM, RUTH E.

- 1991 «Households with faces: the challenge of gender in prehistoric architectural remains», Joan M. Gero y Margaret W. Conkey (eds.),

Engendering archaeology: women and prehistory, Blackwell, Oxford: 93-131.

- 2000 «The continuous house: a view from the deep past», Rosemary A. Joyce y Susan D. Gillespie (eds.), *Beyond kinship: social and material reproduction in house societies*, University of Pennsylvania, Filadelfia: 115-134.

WATERSON, ROXANA

- 1995 «Houses, graves and the limits of kinship groupings among the Sa'dan Toraja», *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 151: 194-217.

WEINER, ANNETTE B.

- 1992 *Inalienable possessions: the paradox of keeping-while-giving*, University of California, Berkeley.

WEISS-KREJCI, ESTELLA

- 2004 «Mortuary representations of the noble house: a cross-cultural comparison between collective tombs of the ancient maya and dynastic Europe», *Journal of Social Archaeology* 4: 368-404.

WILK, RICHARD R.

- 1988 «Maya household organization: evidence and analogies», Richard R. Wilk y Wendy Ashmore (eds.), *Household and community in the Mesoamerican past*, University of New Mexico, Albuquerque: 135-151.

WILK, RICHARD R. Y ROBERT McC. NETTING

- 1984 «Households: changing forms and functions», Robert McC. Netting, Richard R. Wilk y Eric J. Arnould (eds.), *Households: comparative and historical studies of the domestic group*, University of California, Berkeley: 1-28.

WILK, RICHARD R. Y WENDY ASHMORE (EDS.)

- 1988 *Household and community in the Mesoamerican past*, University of New Mexico, Albuquerque.

WILK, RICHARD R. Y WILLIAM L. RATHJE

- 1982 «Household archaeology», *American Behavioral Scientist* 25: 617-639.

WINTER, MARCUS C.

- 1976 «The archeological household cluster in the Valley of Oaxaca», Kent V. Flannery (ed.), *The early mesoamerican village*, Academic Press, Nueva York: 25-31.

YANAGISAKO, SYLVIA JUNKO

- 1979 «Family and household: the analysis of domestic groups», *Annual Review of Anthropology* 8: 161-205.